

# La poesía escrita por mujeres hispanoamericanas y las críticas de Enrique Díez-Canedo en la revista *España*

Marcelino JIMÉNEZ LEÓN. Universidad de Barcelona

Es sobradamente conocido que Enrique Díez-Canedo publicó muy pocos volúmenes de obra crítica en vida, si bien su labor como crítico (a la que unió las de traductor, poeta y docente) es una de las más interesantes y autorizadas de las tres primeras décadas del siglo que ahora termina. Dentro de esa faceta crítica destacó como uno de los mejores conocedores de la literatura hispanoamericana. Entre los resultados obvios que ofrece la valoración de su crítica desde una perspectiva rigurosamente actual se encuentra la modernidad de sus juicios y sus enfoques teóricos, todo lo cual certifica el valor del sistema crítico empleado. En el presente estudio hemos querido aunar su conocimiento de la literatura hispanoamericana con un buen ejemplo de su actualidad, como lo es su preocupación por la literatura escrita por mujeres, a la que dedicó varios artículos (recordaremos, a modo de ejemplo, los excelentes trabajos que hizo sobre Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán).

Recogemos ahora una serie de cuatro artículos, que constituyen un buen ejemplo de su amplitud de miras, concretada aquí en su preocupación por la poesía escrita por mujeres, que se aprecia en los artículos titulados "Poetisas, I", "Poetisas, II", "Poetisas III" y "Más Poetisas" (todos ellos publicados en la revista *España*, respectivamente en los siguientes números: 352: 13/1/1923; 354: 27/1/1923; 371: 26/5/1923; y 385: 31/8/1923). De los nombres que reseña, han quedado los de Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni. Los cuatro artículos están en la sección titulada "Letras de América", que apareció por primera vez en la revista *España* en 1922. Dicha sección (firmada con su propio nombre, y no con el pseudónimo de "Critilo") daría título, bastantes años más tarde, a un libro póstumo (Díez-Canedo, 1944) que lleva al comienzo el discurso de ingreso de Díez-Canedo en la Real Academia Española de la Lengua, titulado "Unidad y diversidad de las letras hispánicas", tanto el libro como el discurso en especial se han convertido ya en referencia obligada para los estudiosos de la literatura hispanoamericana. Sin embargo, de los cuatro artículos que forman el corpus de nuestro estudio sólo uno fue recogido en *Letras de América*, precisamente el titulado "Poetisas III", si bien al recogerlo en volumen le cambió el título (por el

de "Gabriela Mistral y *Desolación*") y lo amplió con una quincena de líneas, haciendo que fuese el primero de la serie que dedicó a la poetisa chilena en la citada obra. La otra figura a la que dedicó extensión en *Letras de América* es *Alfonsina Storni*. El resto de los artículos que sirven de base a nuestra comunicación no ha sido recogido en ninguno de los volúmenes de crítica que se han publicado de Díez-Canedo.

En el primero de los artículos se puede comprobar el temprano interés de Díez-Canedo por la literatura hispanoamericana y la viva impresión que le causó ("una tierra de sol; una galería de cristales adornada con enormes macetas, hojas anchas y carnosas, flores de penetrante aroma"), ya desde la adolescencia, interés que se vería acrecentado más adelante, durante el periodo en que fue secretario del embajador de Ecuador en París (de 1909 a 1911). París era entonces la capital mundial de la literatura, y allí se dio cita, también, lo más granado de la literatura hispanoamericana, autores a los que sin duda Díez-Canedo conoció, pues hay testimonios epistolares que prueban su integración en los círculos literarios de la capital francesa.

Siguiendo un procedimiento habitual en sus críticas, se remonta a los antecedentes, y al trazar una rápida genealogía no puede dejar de citar los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz y la Avellaneda, junto a otros nombres menores, que hoy nos dicen muy poco. De ellas pasa ya a las autoras objeto de su estudio, comenzando por la mexicana María Enriqueta y sus *Rincones románticos* (1922). Díez-Canedo ya había escrito una reseña positiva a un relato infantil de esta autora en la revista *España* (el relato se titulaba *Milton, el compañero de Juan*, y la reseña se publicó el 3 de enero de 1918). En esta ocasión habla también de su prosa (novelas y cuentos), señalando los elementos en común con su poesía. Esta raíz comparatista, que aquí sólo aparece apuntada, interesa recordarla, pues es otro de los pilares que sustentan el sistema crítico de Díez-Canedo y lo vamos a encontrar nuevamente.

Un aspecto secundario, pero no falta de interés, que aparece en este artículo es la cuestión de las ediciones. Entre los problemas del contacto de las literaturas de habla hispana a comienzos de siglo no era el menor el mutuo desconocimiento, debido en buena medida a que las ediciones americanas no circulaban, o eran insuficientemente promocionadas, en la península. Para remediar esta situación algunas editoriales hicieron importantes esfuerzos, tal es el caso de Renacimiento, con Gregorio Martínez Sierra y José Ruiz-Castillo como adalides en lo que respecta a la proyección de España en Hispanoamérica. En sentido inverso, también encontraban apoyo editorial en la península a los libros de autores del otro lado del Atlántico. Buen ejemplo son las ediciones de estos primeros libros que está reseñando aquí Díez-Canedo, publicados en Madrid (el de María Enriqueta) y Barcelona (las selecciones de Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, publicadas por Editorial Cervantes). El final del artículo es abrupto, propio de los que se sabe que tienen continuación.

El segundo de los artículos entra directamente en materia: la obra de Agustini e Ibarbourou. De nuevo aparece la perspectiva comparatista, esta vez son Francia y España con respecto a la poesía de estas dos uruguayas. Lo cierto es que no se puede acusar a Díez-Canedo de patrioterismo, pues reconoce que "...en España las poetisas –si las hay– imitan a los clásicos o al pueblo, sin ser ni pueblo ni clásicas", exceptuando sólo dos nombres, Rosalía de Castro, y Clementina Arderú. Dice de ambas poetisas que "ya son de hoy y están de lleno en este renacer de la poesía femenina que añade una cuerda lírica a nuestro tiempo. Es la poesía en que la mujer se decide a mostrarse como mujer, a sacar, a primer término, su íntima personalidad".

Pero estas afirmaciones sobre la poesía femenina no son lo único que interesa. Conviene reparar en los dos ejemplos españoles que propone: una gallega y una catalana. Ello nos pone sobre la pista de otro de los rasgos que constituyen la crítica de Díez-Canedo: la atención constante al resto de literaturas, con una vocación cosmopolita e intercultural digna de elogio. Díez-Canedo pasó su infancia y buena parte de su juventud en Barcelona y tradujo obras del catalán; en el otro extremo de la península, es de sobras conocido su interés por la cultura gallega y portuguesa, hasta el punto de que, estando ya en el exilio, la editorial Emecé, de Buenos Aires, le propuso hacer un libro con todos los textos que había escrito sobre autores gallegos (según consta en su epistolario personal, carta del tres de junio de 1943), proyecto que nunca llegó a realizar.

Pero, volviendo al artículo, comienza haciendo un breve repaso por la vida y la obra de Delmira Agustini, observando cómo ambas constituyen un todo inextricable, atendiendo, además, a cómo sus trágicas circunstancias han influido también en el lector. Partiendo justamente de la sensibilidad, establece una comparación entre Agustini e Ibarbourou: la primera "es la sensualidad atormentada" y la segunda "la sensualidad triunfadora". Al analizar los versos de esta última, surge de nuevo el tema de las influencias y, con él, el todavía vivísimo asunto de la diferencia existente entre la poesía escrita por hombres y por mujeres, llegando a la conclusión de que hay algo que diferencia esos "cantos de mujer, de mujer consciente de lo que significa su propio don", frente a los escritos por un hombre. Respecto a los asuntos de esa poesía, nuestro crítico muestra que no todo es tan sencillo y esquemático como se quiere hacer parecer: "poesía fisiológica, es verdad; pero tan rica y desbordante, que transparenta el alma", lo cual no le impide notar que sus versos tienen un exceso de vocabulario modernista, demasiado anclado en su época.

El final de este segundo artículo nos permite descubrir qué pensaba Díez-Canedo sobre un tema tan importante en poesía (y en la literatura en general) como lo pueda ser la espontaneidad: "La espontaneidad no se empaña nunca con el arte. El arte más refinado es el que más espontáneo parece. Es el arte mismo, cuya más ardua dificultad, en las letras, como en todo, consiste en saber hasta dónde ha de llegar la mano del artista para ser absolutamente fiel al fulgor de la idea".

El artículo siguiente es el único, como dijimos más arriba, que recogió en volumen. Además de este factor, hay otros que lo diferencian: es notablemente más extenso que los anteriores, tiene una serie de pequeños títulos de carácter pedagógico y está todo él dedicado a *Desolaciones*, de Gabriela Mistral (1922), libro que recoge poesías y poemas en prosa. Como el propio crítico indica, este es el primer libro de la autora, si bien demuestra que ya la conocía y sabía de su calidad por las publicaciones en revistas. En este sentido, hay que reconocer una vez más a Díez-Canedo su perspicacia para valorar ya en los inicios a un buen escritor. Aunque podrían darse varios ejemplos, vamos a citar dos hispanoamericanos: ahora comprobamos el de Gabriela Mistral, pero quizá uno de los más interesantes fue el de Borges. Entre estos autores y su crítico se mantuvo hasta el final una cordial amistad y afecto, como lo demuestran las cartas y ediciones con autógrafos de Borges y Mistral que se conservan en la biblioteca de Enrique Díez-Canedo.

En su reseña, vuelve a tratar un tema que ya apareció: el de la crítica ejercida como mera censura de elementos parciales, tales como alguna rima, un giro o expresión que no acaban de convencer, considerando que todo eso es accesorio, pues por encima de ello subsisten la poesía y el arte. Y de nuevo aparece el comparatismo, llegando a la conclusión de que "su fisonomía poética, más grave, más espiritual, más dolorosa, no es, en esencia, distinta de la que podemos ver en las otras nuevas poetisas de América, mujeres también", señalando, no obstante que la gran diferencia entre Gabriela Mistral y sus compañeras es que en éstas la nota dominante es la sensualidad, mientras que en Mistral domina el dolor. El final es profundamente revelador de la impresión que causó el libro en el crítico, y de sus opiniones sobre la poesía escrita por mujeres: "¿qué crítica literaria puede hacerse de una mujer? Porque *Desolación* es tanto de una mujer, que apenas es un libro", y cita para concluir la famosa frase de Walt Whitman: "Camarada, esto no es un libro; quien lo toca, toca a un hombre".

Hemos podido comprobar, pues, que este artículo a Gabriela Mistral se diferencia notablemente de los anteriores. No extraña, si tenemos en cuenta, además de la indiscutible altura de su obra, que una estrecha amistad unió a la poetisa chilena y el crítico español, de lo cual dan buena muestra las cartas del archivo de Enrique Díez-Canedo, concretamente la fechada el 27 de mayo de 1943 y la que, aunque no tienen fecha, es posteriore a junio de 1944, en la cual, tras la muerte del crítico, le propone a su viuda la edición de tres libros que ofrezcan una selección de su obra, comprometiéndose ella a hacer una semblanza (aunque el proyecto nunca llegó a realizarse).

Pasados tres meses, concretamente el último día de agosto de 1923, en el número 385 de la revista *España*, y también en la sección titulada "Letras de América" Díez-Canedo estudia a otras tres poetisas americanas: a la portorriqueña Concha Meléndez, la cubana Emilia Bernal y la argentina Alfonsina Storni, bajo el título "Más poetisas" que indica, obviamente, la vinculación con los tres que ya

hemos visto. Siguiendo el criterio pedagógico que había empleado en el artículo sobre Gabriela Mistral, coloca al comienzo los nombres de las autoras. En el caso de Concha Meléndez se trata de un primer libro, titulado *Psiquis doliente*. Con buen criterio, Díez-Canedo adelantó ya en su reseña a este primer libro que la autora se perdía demasiado en especulaciones. Más altura poética tiene, a su juicio, el libro de Emilia Bernal, titulado *¡Como los pájaros!*, pues "...muestra un suave temperamento poético, con un fondo de amargura que se endulza para volverse canción". Sin embargo, la mejor de todas, y lo dice sin ambages, es la argentina Alfonsina Storni, que publicó en la Editorial Cervantes, de Barcelona, una selección de sus poemas. De nuevo una sola frase sirve para mostrar lo que piensa sobre la autora y sobre la poesía femenina; hablando de los poemas del nuevo libro dice que "bastan para darnos a conocer uno de los más altos valores de la lírica femenina de hoy -de la lírica de hoy, mejor dicho". Reparemos un momento en esta epanórtosis o rectificación: es en ella donde está contenida la esencia de su pensamiento: no importa tanto que el autor sea un hombre o una mujer, sino que lo importante es que lo que escribe sea poesía. Y precisamente poco más adelante hallamos cuál es el secreto de la verdadera poesía para nuestro crítico: "...que no está en la expresión sino en el alma de lo expresado, pero que, por la expresión, acomodada a todo sobresalto del alma, se revela y refina, como por el bien ceñido guante la pequeñez de la mano, sin que ésta pierda nada de su cordialidad en la presión". En el resto del artículo señala la estrecha vinculación de su poesía con su condición de mujer. Decíamos más arriba que el crítico muestra sin ambages la superioridad de Alfonsina Storni. Nada menos que al final de la crítica, lugar por lo común reservado a los golpes de efecto, porque es uno de los que más destacan, dice: "Si entre todos los nombres de poetisas que hemos citado en estos artículos, sólo hubieran de sobrevivir tres, uno de ellos sería, de fijo, el de Alfonsina Storni". En realidad, como dijimos, no fueron tres, sino cuatro, los nombres que han "sobrevivido": Gabriela Mistral, Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni.

Para concluir, señalaremos que, a la luz de lo estudiado, parece evidente que en esta serie Díez-Canedo quiso expresar de una vez su opinión sobre la poesía hispanoamericana escrita por mujeres, opinión que, como hemos podido comprobar, resulta muy favorable, sobre todo teniendo en cuenta el referente español, que no sale muy bien parado de la comparación. Además, hemos podido comprobar cómo se pueden apreciar las principales constantes de la crítica de Díez-Canedo a través de esta serie de artículos dedicados a la poesía escrita por mujeres.

## Referencias bibliográficas

Díez-Canedo, Enrique. 1944. *Letras de América*. México. El Colegio de México.

Enriqueta, María. 1922. *Rincones románticos*.

Mistral, Gabriela. 1922. *Desolación*, Nueva York, Instituto de las Españas.